

consideración a nada ni a nadie, que no tenía más norma y objeto que su propio interés, y que costaba carísimo a los pueblos.

Peor que este desgobierno y que la presión que ejercía en todo y en todos los países, fue la adulteración completa de los principios morales, consecuencia de la ya mencionada confusión del reinado de la Iglesia con el gobierno de Dios, o sea con el reinado de la virtud y santidad. El monopolio religioso de la Iglesia estaba unido con la tendencia jurídica y con la sensualidad, que formaban el carácter de la época. La Iglesia ofrecía y concedía bienes puramente espirituales unidos a cosas materiales o en cambio de prestaciones y servicios materiales. Sus santos podían invertir las leyes de la naturaleza y ella tenía la virtud misteriosa de hacer milagros diariamente. El jefe, ser mortal, de la Iglesia podía librar del purgatorio a las almas de los difuntos, es decir, que tenía poder hasta más allá de este mundo.

Con razón se ha dicho que el catolicismo tiene algo de mágico. Un profesor de Historia de la Iglesia dice: «Como los taumaturgos con su poder mágico suspendían la ley de la naturaleza, así suspendía el absolutismo de los papas a su placer la ley natural.» La Iglesia no solamente dejó rienda suelta a la afición a los milagros, sino que la fomentó hasta el exceso de admitir las cosas más necias y aun asquerosas. El pueblo, sin excepción, atribuía todo suceso o fenómeno extraordinario a causas y agentes sobrenaturales (1), y su misma ignorancia le impedía considerar la salvación ofrecida por la Iglesia, de otro modo que no fuera bajo la condición de ir unida a símbolos y prácticas. Al lado de un idealismo extraviado respecto de los fenómenos de la naturaleza, existía el más torpe materialismo en la esfera moral. Este materialismo recibió robusto apoyo y fomento del ejemplo de la Iglesia, para la cual lo principal de los sacramentos era el *opus operatum*, la administración por el sacerdote. Para su doctrina de la expiación inventó un verdadero código de castigos y penitencias temporales y materiales, cuya explicación y cumplimiento llegaron a constituir un caudal inagotable. De aquí el abuso escandaloso que la curia cometió con su teoría de los castigos y recompensas en el otro mundo; cuanto más producía este sistema, más se complacía la Iglesia en aterrorizar a los fieles con las penas del infierno; y mientras por un lado fomentó así el torpe materialismo, por otro debilitó el sentimiento de la responsabilidad material.

La desmoralización era espantosa; se apoderó en primer lugar del clero, y tanto nos refieren de él testigos irrecusables de todos los países desde el siglo XIII, que es inútil repetirlos aquí. A medida que crecía el orgullo de clase, desaparecía la conciencia del deber. La introducción forzosa del celibato eclesiástico tuvo la consecuencia que era de temer, el amancebamiento del clero. Los sacerdotes, que públicamente vivían con mancebas, pasaban también las noches jugando a los dados, bebiendo copiosamente y coronando todos estos excesos brutales con riñas de las cuales resultaban con frecuencia muertos y heridos. De estas manos debían los laicos recibir los consuelos de la religión y los sacramentos de la Iglesia, pues así lo quería ésta, y exigía que los seglares respetaran la inviolabilidad y santidad augusta de las sagradas órdenes, hasta en sus individuos más indignos y crapulosos. El pueblo lo admitió así porque estaba acostumbrado a contar con los efectos misteriosos de los sacramentos recibidos, sin mirar la persona que los administraba, como contaba con los de las oraciones, penitencias, peregrinaciones, donaciones y absoluciones. Esta confusión de conceptos hizo que tanto los seglares como los representantes de la

(1) Esta es condición de todos los pueblos en sus primeras épocas de civilización, y no es imputable por tanto a la Iglesia católica. (N. del T.)

Iglesia llegaran a contentarse con el cumplimiento exacto de las fórmulas y exterioridades materiales, sin que ni a los unos ni a los otros ocurriera notar la falta absoluta de la dignidad moral.

Seríamos, sin embargo, injustos si dijéramos que este embotamiento del sentimiento era la regla general en aquellos tiempos; pero difícilmente podrá negarse que este estado de la Iglesia en la Edad media engendró una confusión deplorable, que no satisfaciendo las necesidades religiosas de las almas piadosas las impulsó a buscar nuevos horizontes, como hizo San Francisco de Asís, el adalid entusiasta de la pobreza. La Iglesia sancionó, no sin recelo y vacilación, la fundación de la orden establecida por este santo singular, que en pocos años hizo miles de prosélitos. La desconfianza de la curia romana apareció por lo pronto justificada cuando un siglo después el partido radical de esta orden mendicante desafió la autoridad del Papa y quiso morir antes que ceder un ápice de su rigorismo. Los mínimos (2) y los otros franciscanos habían agregado a sus comunidades un número inmenso de laicos que deseaban observar las reglas de los dos órdenes mendicantes sin entrar en el claustro, y estos adeptos recibieron el nombre de hermanos de la orden tercera, y sus establecimientos, en especial los de los beguinos y begardos (3), se han conservado durante largo tiempo como asilos de vida cristiana al lado de los establecimientos puramente monacales. Los frailes mendicantes, a diferencia de los caballeros hospitalarios que se habían organizado en una orden medio laica y medio eclesiástica, se dirigían con preferencia a las clases medias y bajas del pueblo seglar con el objeto claramente formulado de reformar la vida cristiana conforme al ideal de la Iglesia primitiva, es decir, al ideal que de ésta se había formado la gente monacal. La curia con el tacto sutil del que domina, comprendió que estas tendencias podían muy bien pasar más allá de los límites de su dominio, y que lo mismo podía suceder con el misticismo, engendrado y amantado por la filosofía eclesiástica, el cual no tardó en extender sus raíces hasta por lo más interior de la vida del pueblo, donde se fundió con elementos afines. A la escolástica corresponde gran parte de la culpa del maleamiento, porque se empeñó en justificarlo y autorizarlo con sus argucias; pero mientras aquellos dialécticos, engreídos de su saber, se creían muy por encima de la masa de los fieles, y solo a fuerza de un inmenso trabajo dieron a lo que la Iglesia quería una apariencia un tanto tolerable, surgieron de entre ellos verdaderos pensadores penetrantes, como Occam (4), que vieron claro el charlatanismo que servía de base a todo el sistema, declararon sin fuerza la obra de Santo Tomás de Aquino y pidieron la separación completa de la ciencia y de la fe. El misticismo salió de esta contienda refugiándose en las esferas pacíficas de la contemplación, sin renunciar por esto al manejo de las armas escolásticas. Allí, en el silencio de los claustros, para realizar su propósito de aproximar el hombre directamente a Dios, encontró un poderoso auxiliar en las monjas y beguinas extáticas, cuyas visiones tenían a menudo un fondo poético y artístico, y denotaban siempre un carácter sentimental y meditabundo. Estas manifestaciones no dejaban de ofrecer peligros, aun admitiendo la perfecta ortodoxia de los extáticos, porque estos «amigos de Dios» no hacían gran distinción entre eclesiásticos y laicos,

(2) San Francisco llamó así a sus adeptos en señal de humildad, por querer ser menos que los demás frailes. (N. del T.)

(3) Mendicantes.

(4) Guillermo, natural de Occam, en Inglaterra, célebre escolástico del siglo XIV, llamado también *doctor inexcitabilis singularisque*, gran adversario de las pretensiones de los papas Bonifacio VIII y Juan XXII y defensor de los derechos de Felipe el Hermoso y del emperador Luis. Véase su *Disputatio de potestate ecclesiastica et seculari*.

pero la hacían entre ellos mismos y el resto de los hombres fríos y dormidos, que se contentaban con el cumplimiento material de los mandamientos de la Iglesia. De esto a la herejía solo había un paso; y en efecto, la herejía se levantó más erguida que nunca contra la fortaleza de la Iglesia romana en los siglos XIII y XIV.

Esta gran masa de adversarios ya declarados tales, ya ocultos o latentes, y que marchaban más o menos de acuerdo con la corriente religiosa, pueden dividirse en dos grandes grupos, el de la oposición evangélica y el de la oposición especulativa. Al primero pertenecían los valdenses, nombre que ha conservado su brillo purísimo y venerable hasta hoy. Las comunidades evangélicas de este nombre eran un producto neo-latino y estaban a principios del siglo XIII extendidas ya por todo el Occidente europeo. Su espíritu no era del todo idéntico al de la reforma monacal coetánea, por mucho que coincidiesen en su objeto principal, porque formularon sus principios de una vida santa y conforme a los Evangelios, y se organizaron fuera e independientemente de los estatutos de la Iglesia, habiendo grupos que desechaban hasta la administración del bautismo a personas menores. Las conquistas de estas sectas no eran ruidosas, pero eran más sólidas que los efímeros resultados que obtuvo la secta dualista de los cataristas en el Mediodía de Francia (1), donde el catolicismo con su clero liviano no podía entrar en competencia con los adeptos «perfectos» de esta secta, cuya pureza de vida era superior a toda sospecha. Entonces la curia romana lanzó sobre aquellos infelices a sus sayones que ostentaban la cruz, los cuales los exterminaron a sangre y fuego como si fuesen fieras. «Matadlos a todos, el Señor ya conocerá a los suyos», dijo el legado del Papa a sus sayones, que quemaron «con mucho placer» hasta a los prisioneros. Mas dignas de ser exterminadas que los albigenses eran las asociaciones pietistas con ribetes de panteístas que entonces bajo diferentes nombres, como «hermanos del espíritu libre», begardos y lolardos, surgieron en Francia y Alemania. La parte filosófica de sus doctrinas degeneró en general rápidamente en insana emancipación carnal. Era la protesta desenfadada de la naturaleza humana despreciada y vilipendiada por la curia. En frente de tales adversarios la Iglesia tenía la razón de su parte, a pesar de todos sus defectos y de los medios indignos de que se valía para exterminar a sus contrarios; pero se acercaba ya el tiempo en que por primera vez el empleo anti-cristiano de la fuerza bruta no debía surtir el efecto deseado.

Wiclef, el gran doctor inglés, fue el primero que como patriota y teólogo se vio en conflicto con el papado. Wiclef admitió la Iglesia invisible y verdadera, declaró blasfemia la doctrina de la transubstanciación, y única norma en materia de fe la Biblia, que tradujo en inglés. Wiclef fue el primer reformador religioso verdadero, mucho antes de Lutero, y el resultado más grande de su obra, que por lo pronto pareció no haber dejado huella en su propio país, encontró un robusto eco lejos de Inglaterra, en Bohemia, en la persona de Juan Hus, apóstol entusiasta de las ideas de Wiclef y propagador de ellas entre sus compatriotas, preparados ya desde algún tiempo antes a recibirlos. El martirio de Hus desencadenó la revolución en Bohemia, donde quedó derrotada la Iglesia de Roma por segunda vez. Esta guerra provocada por la Iglesia patentizó claramente la descomposición del sacro imperio romano-germánico. Entonces para los guerreros husitas, alemán era sinónimo de papista, pero apenas hubo

(1) Esta secta era originaria del Asia Menor y sus adeptos se dividían en *perfectos* y simplemente creyentes; los primeros renunciaban al matrimonio y a todos los bienes y goces mundanales, hasta al trato con personas adictas a este mundo; rechazaban la guerra, no mataban a ningún ser viviente y se abstendían de todo alimento animal. (N. del T.)

pasado un siglo, el héroe del pueblo alemán se llamó con mucho orgullo husita.

Todas estas manifestaciones del sentimiento religioso, eclesiásticas y laicas, pacíficas y guerreras, ofrecen como rasgo común cierto espíritu democrático. En todas partes las nuevas ideas y sectas reclutan sus adeptos entre las clases pobres y oprimidas; en todas partes la gente del campo y los artesanos son los que escuchan con más afán las buenas nuevas de una sociedad, de un mundo mejor, y casi siempre figuran en estos movimientos los franciscanos comunistas, bajo cuyo toco sayal o bajo el pobre traje del begardo solía la herejía propagarse de una comarca a otra. Desde el siglo XIV, las grandes agitaciones religiosas van casi siempre unidas a ideas socialistas; no solamente las propagan los hermanos apostólicos italianos del fraile Dolcino, los lolardos ingleses y los taboritas de Bohemia, sino que también se observan en el movimiento de los penitentes disciplinarios, que protegido al principio por la Iglesia adquirió al fin un carácter peligroso para el orden existente. Entre los laicos, hasta entre los ortodoxos había mucho combustible acumulado; la idea de acabar, aunque fuese por medios sangrientos, con el carcomido régimen clerical fue echando hondas raíces y proclamada a grandes voces, siendo los franciscanos los que más levantaron la voz. De sus filas salieron principalmente los apóstoles de aquel Evangelio eterno que, sacado de los escritos del abad calabrés Joaquin, anunciaba nada menos que una revolución radical, la destrucción de la Iglesia corrompida y una era nueva del Espíritu Santo con una humanidad toda monacal. En todas partes se oía llamar a Roma otra Babilonia destinada a ser borrada de la superficie de la tierra; de todas partes salían profecías que anunciaban al clero un castigo terrible de Dios, y muchos veían en el Papa el mismo Anticristo. El abad Joaquin, Wiclef, los husitas, toda una literatura apocalíptica, los cuentos y leyendas de los pueblos, todos pronosticaban el gran cataclismo. Estas voces para las almas adictas rigurosamente a la Iglesia existente, eran semejantes a los graznidos de las aves nocturnas, que anunciaban el ocaso del astro eclesiástico.

El poder civil de las nacionalidades modernas llegó a reducir al papado a la defensiva, y después se declaró en la monarquía eclesiástica una crisis intestina, que la hizo teatro de violentas luchas por cuestiones constitucionales que interrumpieron el desarrollo del sistema monárquico o cesáreo y llegaron hasta comprometer su porvenir. La formación y el deslinde cada vez más marcado de las grandes nacionalidades modernas, influyeron considerablemente en la cuestión teocrática, porque detrás de la causa de la cristiandad estaban los intereses nacionales, los enemigos principales del gobierno universal papal e imperial.

Cuando la curia domiciliada en Aviñón hubo descendido a ser dependencia de la corona de Francia, la exasperación de las otras naciones, pero principalmente la rivalidad entre los franceses e italianos, produjo la elección simultánea de dos papas en el año 1378, y como consecuencia un cisma que duró cerca de cuarenta años. Este fue el resultado lamentable del derecho electivo del colegio cardenalicio. La constitución de la Iglesia no ofrecía, tal como estaba, ningún remedio contra semejante anomalía, y no hubo más recurso que echar mano de los medios que ofrecía en gran número el arsenal de la curia. Lo que no se encontraba en el derecho canónico, lo suplía la doctrina política escolástica, que con su afición a la soberanía del pueblo fue una arma excelente para los descontentos en la situación en que se encontraba la monarquía eclesiástica. El papado, acostumbrado a no encontrar en el terreno eclesiástico más resistencia que

las ambiciones oligárquicas de sus electores, los cardenales, se vió súbitamente obligado á luchar por su existencia cuando se tocó el punto flaco de toda la organizacion. El concilio que se reunió primeramente en Pisa, despues en Constanza y finalmente en Basilea, tuvo un carácter muy distinto de otras asambleas de esta clase reunidas en siglos anteriores. Primero derivó su autoridad del derecho natural y de la historia de la Iglesia interpretada con bastante libertad, y luego ensanchó su mision primitiva, que era la de hacer desaparecer el cisma, incluyendo en ella el trabajo colosal de reformar la organizacion de la Iglesia desde la cabeza hasta los piés. La universidad de Paris se encargó de arrancar las riendas de la Iglesia á los impíos políticos de la curia y de acallar las quejas medio suplicantes y medio amenazadoras del mundo cristiano. En el calor de las disensiones los doctores del parlamentarismo eclesiástico llegaron á los extremos mas atrevidos, hasta plantear el principio de que el concilio no solamente podía destituir á los papas díscolos, sino hasta condenarlos á muerte. El obispo de Tours dijo: «Hemos de arrancar la sede papal de las manos de los italianos, ó reducirla tanto, que nada importe la persona en cuyo poder quede.»

Pero todas las tentativas para reducir el poder del Papa sobre la Iglesia, debian resultar necesariamente vanas mientras se conservara el principio de la necesidad como institucion divina del primado. En el siglo XIV se habian alzado voces preguntando si era la voluntad expresa de Dios que la Iglesia estuviera fundada sobre el principio monárquico, y por qué no habia de tener cada nacion su Papa; mas esta idea de utilizar el cisma para fundar una república de iglesias nacionales, fué ahogada por la tendencia ante todo unionista de los mismos concilios, que empezaron á su vez á sentir la influencia perturbadora de las diferencias nacionales y políticas. Los concilios lo mismo que los emperadores y los papas hubieron de convencerse de que la antigua idea de la cristiandad colectiva se habia gastado y que pertenecia ya al tiempo pasado, como tantas otras cosas de la Edad media.

La esterilidad completa del gran movimiento conciliar demostró definitivamente la impotencia de la iglesia romana para reformarse por sus fuerzas propias. El único fruto permanente del concilio de Constanza fué el restablecimiento de la monarquía papal, junto á la cual el nuevo dogma de la superioridad del concilio sobre el Papa no pudo sostenerse largo tiempo, porque cómo habian de existir simultáneamente dos poderes supremos instituidos uno y otro directamente por el mismo Dios? En Basilea, la democracia eclesiástica preponderante no consiguió mas resultado que engendrar un nuevo cisma. La creencia de que la Iglesia, es decir, la comunidad de los fieles representada por un concilio, se bastaba para curar los profundos males de que estaba inficionada, habia resultado un error lamentable; pero no por esto se desarraigó, pues aun en la época de la reforma religiosa hubo quienes propusieran de nuevo, y no solamente católicos adictos á Roma sino tambien sus contrarios, la aplicacion de este remedio universal. Sin embargo, su ineficacia no procedia de las circunstancias exteriores desfavorables, sino del carácter incompleto y de la ausencia de sólido fundamento del movimiento regenerador. Las llamadas reformas decretadas por el concilio en Constanza y Basilea, solo representaban á lo mas, y esto en cuanto llegaron á ser puestas en ejecucion, pequeñas mejoras en la constitucion de la Iglesia; y la teoría de la autoridad suprema del concilio no fué cosa que interesó mucho ni menos satisfizo á la gran masa de las naciones cristianas.

Los grandes teólogos y reformadores de Constanza no comprendieron el verdadero espíritu evangélico, como lo

prueba su procedimiento contra Hus, é imitando á la curia, no supieron hallar otro remedio para restablecer la armonía que acabar con los herejes por medio del fuego. Pocos decenios despues dijo uno de los partidarios desengañados de la supremacía soberana de los concilios que la no admision de esta soberanía por la iglesia romana era una herejía en el fondo mucho mas peligrosa que la iniciada por Hus, y que en adelante no quedaba ya mas remedio sino que la cristiandad desertase pasajeramente del papado, «porque la iglesia romana por su propio impulso no llegaria á adoptar una marcha saludable, conforme habia demostrado la experiencia de los últimos cincuenta años.»

Por lo pronto, la iglesia papal salió otra vez vencedora y floreciente con todos sus defectos y pecados inveterados, debiendo su victoria á su talento superior y á su práctica en la política. Estando reunido todavia el concilio en Constanza, empezó el papado á pactar arreglos con las diferentes naciones, haciendo algunos sacrificios en la mayor parte de los casos, por medio de concordatos, sistema que conservó la curia con toda la tenacidad romana y con todas sus fuerzas. La Francia y el imperio aleman, que quisieron aprovechar la ocasion de hallarse reunido el concilio en Basilea para constituir por sí sus iglesias nacionales, acabaron por sucumbir ante el cebo y los manejos de Roma, la Alemania al cabo de poco tiempo y Francia despues de una resistencia de casi ochenta años. Los concordatos eran, en concepto de la curia romana, convenios que solo obligaban á una de las dos partes, es decir, al Estado, porque el Papa, como hizo entender Calixto III al emperador Federico, no podia imponer trabas á la autoridad libérrima de la Santa Sede; por manera que el cumplimiento de estos pactos por parte de Roma era siempre un acto de merced. A pesar de estas argucias quedaba el hecho positivo de que si los papas habian vencido á los concilios con arreglos hechos con los diferentes gobiernos, habian tenido que conceder á estos cierta autoridad en materia eclesiástica. El absolutismo papal para conservarse tuvo que firmar con el poder del Estado, movido por igual afan de hacerse absoluto, un pacto que imprescindiblemente debia conducir á la formacion de iglesias nacionales. Esta tendencia, que se manifiesta ya visiblemente en el siglo XIV, llegó á consumarse en cierta manera con las luchas constitucionales é interiores de la Iglesia. Hacia mucho tiempo que Roma no tenia ya que temer la organizacion episcopal antigua, pero en cambio tenia á la sazón en frente á las naciones nuevas, mas ó menos individualizadas y definidas, segun el desarrollo especial de cada una, que eran Francia, Inglaterra y España. En Alemania la misma tendencia, por motivos que se dirán mas adelante, no tomó un carácter nacional sino particularista; pero de todas estas y otras luchas de la época, salió cada vez mas vigoroso y mas desarrollado el principio del Estado moderno. Los gobiernos de estos Estados se sirvieron en adelante en sòn de amenaza, para atemorizar la curia, de la convocacion de un concilio general, porque la idea de la reforma radical de la Iglesia se habia conservado viva, y adquirió gradualmente un sentido mucho mas lato que cuando salió por primera vez á luz.

El papado habia quedado victorioso y el parlamento eclesiástico vencido, pero el papado no habia alcanzado la victoria sin perder algun giron de su autoridad, y durante esta contienda la iglesia católica tuvo que lamentar tambien algunas derrotas muy señaladas. Ni el Papa, ni el concilio habian podido acabar con la revolucion de Bohemia. Despues de haber sido expulsados de este país los dos ejércitos enviados para reducirlo á la obediencia, el uno mas vergonzosamente que el otro, y despues que aquellos herejes invencibles infligieron toda clase de calamidades á las comarcas

alemanas vecinas, los Padres reunidos en Basilea resolvieron celebrar un convenio amistoso con los fanáticos bohemios, ya que no habia sido posible exterminarlos á sangre y fuego. Fué una humillacion nunca vista en la historia de la Iglesia la invitacion que se dirigió á los que habian sido condenados y excomulgados en toda forma para que se presentasen á dar sus descargos, despues de otorgarles todas las garantías de seguridad personal y del tratamiento honroso debido. Los bohemios no admitieron la infalibilidad de los concilios y declararon que, en cuestiones de fe, la mayoría no tenia fuerza obligatoria. Las concesiones que al fin se les hicieron fueron redactadas en el pacto (de Praga, llamado *los compactados*) con astucia traidora y anuladas despues solemnemente por los papas; pero la iglesia calixtina, ó sea de los *utraquistas*, que fué autorizada en el citado pacto para administrar la Eucaristía bajo las dos especies (*sub utraque*) se ha conservado, precursora modesta pero significativa del protestantismo, no obstante la oposicion de Roma y de toda la cristiandad latina. Esta fué una de las derrotas de la Iglesia; en otra derrota se transformó rápidamente el triunfo ilusorio del restablecimiento de la union con los griegos cismáticos. Los representantes bizantinos, apremiados por la situacion angustiosísima de Constantinopla, hicieron concesiones á Roma; pero luego fueron maldecidos y desatendidos por el pueblo de la capital bizantina. Poco despues los *utraquistas* bohemios entraron en relaciones con los cismáticos griegos, y acaso habrian entrado tambien en la gran comunidad cismática eslavo-griega á no haberlo impedido la conquista de Constantinopla por los turcos. La impresion que causó este triunfo de las armas mahometanas sobre innumerables cristianos se refleja en la siguiente exclamacion de una lamentacion alemana dirigida á Cristo: «Si no eres omnipotente, si no puedes protegernos contra un tirano, cómo podemos tener esperanza en tí?» La destruccion completa del imperio de Oriente y la amenazadora sed de conquista del nuevo imperio guerrero mahometano implantado en Europa, no fueron ya motivos bastantes para desviar la atencion de las potencias cristianas de sus intereses particulares. Las instancias y excitaciones antiguas de los papas habian perdido su fuerza mágica, y el entusiasmo de la cristiandad á la cual las dirigian, era una mera ilusion. Pio II murió con el sentimiento amargo de ver que el llamamiento mas ardiente de un Papa apenas encontraba eco en las cortes de Europa. Inocencio III no se avergonzó de entrar con el sultan en relaciones y de conservar prisionero al hermano rebelde de éste en cambio de una subvencion crecidísima, y Alejandro VI, con Ludovico Moro, excitó á los turcos contra Venecia. Tal fué el reverso de los sermones llenos de uncion que sin interrupcion debian excitar la cristiandad á una cruzada contra los turcos, y de los impuestos para reunir recursos á este mismo fin. La política de los papas era exactamente tan solapada como la de los otros Estados italianos, y el peligro turco fué pronto un simple recurso de hacienda de la curia papal para llenar sus arcas, recurso tan sabido y tan gastado como la reclamacion de la convocacion de un concilio general en boca de la diplomacia secular cuando tenia que zanjar alguna cuestion con la curia romana.

En el fondo el papado desde la conclusion de la campaña conciliar, se creía mas seguro que antes en frente de todos los demás Estados; y por lo mismo atendia poco menos que exclusivamente á las esperanzas y temores que le inspiraban los asuntos de Italia. Aun las conexiones complicadísimas que estos asuntos tenian con la política de los demás Estados, no excitaban ya el profundo interés que les habian dedicado papas anteriores. Los papas empezaban á sentir como otros soberanos de Italia, y á tener las mismas ambiciones;

todo el anhelo y toda la política de aquellos soberanos de la cristiandad se concentraban en la defensa y aumento territorial del Estado de la Iglesia y en la colocacion de la familia del Pontífice, porque lo mismo que otros potentados, ambicionaban fundar dinastías ilegítimas. Antes un Papa solia ser el único individuo en la curia romana á quien no movian intereses personales; pero esto habia cambiado en la época de que hablamos. Entonces el Papa era el mas codicioso, y en casos dados reclamaba para sí y los suyos principados enteros, porque si una familia de labradores pudo hacerse señora de Milan, ¿por qué no podrian ser duques los hijos ó sobrinos de un Papa? Desde Martín V los italianos monopolizaron la dignidad papal, monopolio que solo interrumpieron en el siglo XV los Borgias, oriundos de España pero italianizados.

Con Nicolás V entró la Roma papal de lleno en la corriente del renacimiento literario y artístico, y con Pio II sentóse en la silla de San Pedro uno de los humanistas mas distinguidos. Esta nueva y brillante civilizacion, cuyo espíritu verdadero era el anhelo de librar á la humanidad de las ligaduras de una educacion exclusiva y rígorosamente eclesiástica, se sostuvo y se propagó no obstante sus resabios paganos con el auxilio del papado, italianizado ya; y su resplandor doró la atmósfera corrompida que pesaba cada vez mas sobre la ciudad eterna. Al concluir el siglo llevaba la tiara Alejandro VI, padre de César y de Lucrecia Borgia, y el rey de la sensualidad. Despues de él, los italianos vieron al anciano papa Julio II desafiando las balas enemigas en las trincheras de Mirandola; sus aduladores le compararon con Julio César, Hércules y Júpiter, y los maliciosos decian que este papa habia arrojado al Tíber las llaves de San Pedro y se habia quedado solo con la espada de San Pablo. Bajo el reinado de Leon X, la corte papal fué centro del refinamiento de la vida y del culto del talento y de todo lo bello; la inscripcion de un arco triunfal adornado de figuras de dioses, celebró su entrada en procesion, diciendo que al reinado de Venus y Marte seguia el de Palas (Minerva). A esta Roma consagraron sus creaciones mas poderosas Rafael y Miguel Angel, y en aquel tiempo se levantó la gigantesca mole de San Pedro, que reemplazó á la venerable basílica del mismo nombre, y como ésta, fué arrollado paso á paso el cristianismo ante el irresistible empuje de costumbres nuevas con formas semi-paganas. Entonces levantóse una voz poderosa, salida del convento de los dominicos de Florencia, la voz del paduano Jerónimo Savonarola, predicador en el desierto, al cual la impiedad que por doquiera encontraba habia hecho buscar la paz del claustro y le habia convertido en profeta. Savonarola ha sido calificado sin razon alguna de reformador, porque su ideal era un mundo monacal y apocalíptico y á haber podido habria transformado á Florencia y al mundo entero en un vasto monasterio. Muy distante estaba de prohiar reformas en el sentido de los grandes concilios ni de desear la soberanía de estos; su lucha contra el papado no pasó de la indignacion moral de Dante y de Petrarca; su reforma carecia de fondo sólido para poder derribar al elegante é ilustrado paganismo moderno, creador de grandes obras, que imperaba en la corte papal, ni ofrecia por otra parte nada mejor para sustituirlo; ni puede decirse que su voz encontrara un gran eco nacional en la Italia de los Leonardo y Maquiavelo.

«Si los italianos, escribió Maquiavelo, somos irreligiosos y malos, lo debemos á nuestra Iglesia y á nuestros sacerdotes.» Este observador perspicaz no encontró mucho mejores á los franceses y españoles, y solamente la Alemania dijo que conservaba su simple fe antigua. Los autores de los países mas adelantados que la Alemania, hablan de la fuerza y rudeza de este último país con una mezcla singular de asombro y

de desprecio. Verdad es que aquella Alemania tan ruda, informe y torpe, estaba muy lejos de ofrecer obstáculos á la política de la curia como ésta los encontraba ó podia temer en otros países. En tiempo del concilio de Constanza los alemanes se jactaban de ser «un pueblo sumiso á la voluntad de Dios, paciente, humilde, aunque no falto de fuerza;» y esta apología, muy dudosa, se le podia aplicar todavía al fin del siglo, no obstante las muchas señales que habia dado de impaciencia; pero la curia se habia acostumbrado ya á oír las quejas, súplicas é invectivas que se le lanzaban de todas partes sin exceptuar la Alemania, que, mirada superficialmente en tiempo de Maximiliano, podia pasar muy bien

por la verdadera patria de la inacción política y de la fiel y sincera observancia del culto. Sin embargo, el que se hubiera tomado el trabajo de observar las cosas con mas atención, habria descubierto fácilmente señales de aquella tempestad, que, segun las predicciones de muchos profetas, debia venir del Norte, pasar sobre la Iglesia apestada y conmovida á la misma Santa Sede.

El despertar de la conciencia del pueblo alemán fué mas peligroso para la omnipotencia clerical que las expediciones armadas de los emperadores mas poderosos de Alemania é Italia, y mas destructor que la ponzoña sutil del renacimiento semi-pagano de las artes y letras.

LA ALEMANIA AL TERMINAR LA EDAD MEDIA

CAPITULO PRIMERO

EL IMPERIO Y EL ESTADO

En tiempo de la reforma protestante hubo quien echó á volar la pregunta malhumorada: ¿Qué tenia que ver en el fondo la Alemania con Roma?

La mejor contestación á esta pregunta es la historia del pueblo alemán desde Arminio hasta Lutero. Los germanos entran en la historia luchando con Roma; en estas guerras, ansiosos de apoderarse como botín hasta de la mitad de todo el imperio, trastornaron toda la Europa occidental, convirtiéndola en un caos, del cual en incesantes luchas salieron lentamente nuevas colectividades políticas. La antigua organización, los usos, costumbres y religión de las tribus bárbaras fueron desapareciendo al contacto de la sociedad romana vencida y de su religión, el cristianismo. Apenas se hubieron separado para siempre los nuevos grupos neo-latinos de los pueblos germánicos, dominó la marcha de la historia del pueblo alemán por muchos siglos la unión de la monarquía alemana con el imperio. Si este hecho, que gastó las fuerzas políticas de Alemania en pos de una ilusión irrealizable, ha sido un bien ó una desgracia para el pueblo alemán, es cosa discutible y que jamás se decidirá. La idea del imperio universal romano conservaba un encanto mágico, no solamente en Alemania sino en toda la cristiandad, y es indudable que los coetáneos encontraron muy puesto en razón que el rey de Alemania ambicionara la corona de los emperadores. Bajo su protección pudo levantarse la Iglesia caída y menospreciada, lo cual era entonces por cierto la mayor de las necesidades para la civilización del Occidente, si bien es verdad que la Alemania pagó cara esta ambición y no pudo conservar la hegemonía sobre la cristiandad, porque la coexistencia de dos poderes que pretendían el gobierno universal produjo conflictos cada vez mayores, que terminaron por la victoria del papado. El carácter internacional del imperio no podia ser favorable al desenvolvimiento de una nacionalidad particular, y mucho menos al de la alemana, porque mientras los emperadores fijaban su atención en asuntos que no eran los alemanes, el ambicioso deseo de hacerse independientes impulsó á los potentados alemanes á aliarse con el Papa. Durante un período bastante largo los reyes de Alemania, gracias á los estrechos lazos que les unían á Roma, pudieron disponer de los elementos políticos, económicos y militares de la rica iglesia alemana. A esta unión del poder civil con el eclesiástico debieron las clases bajas de la población de Alemania la ventaja de librarse de la suerte que tuvo la población rural francesa; pero esta unión de poderes tan artificial no pudo sostenerse á la larga contra el ataque de la aristocracia alemana y del papado, robustecido y unido con ella. Los Staufen se esforzaron en vano por apuntalar el edificio conmovido; el brillo de su trono, rodeado de obispos y caballeros, se apagó con la muerte de Enrique VI, cuyo

plan de hacer de Alemania una monarquía hereditaria apenas fué vislumbrado cuando quedó destruido.

El poder ilimitado del Estado, encarnado en la persona del soberano, se reveló á los Staufen en Italia, primero como una aparición vaga en el derecho romano, con el cual los jurisperitos de Bolonia prestaron grande auxilio á Federico Barbaroja, y despues en realidad cuando el reino normando de la Italia meridional se puso bajo la obediencia de la dinastía de Suabia; pero los mismos emperadores que pretendían ser los sucesores legítimos de los césares en Italia y de la soberanía del pueblo romano antiguo, dejaron tomar incremento al poder soberano de los grandes potentados y fomentaron así la rápida destrucción del poder real. Desde el reinado de Federico I se fueron separando de la masa de los potentados alemanes, obispos, abades y nobles laicos, como dependientes única y directamente del imperio, llamándose «príncipes del imperio.» Al propio tiempo fué desapareciendo el carácter primitivo de los títulos de duque y conde, que antes designaban respectivamente jefes de la fuerza armada y agentes ó encargados (acompañantes) del rey, y los poseedores de estos títulos conservaron en concepto de feudos hereditarios del imperio los distritos, ducados y condados de que sus antepasados habian estado encargados. Sabido es que el lazo feudal ha tenido siempre el defecto de tender á aflojarse, como lo prueba ya su primera tendencia á hacer los feudos hereditarios y divisibles. La organización feudal, una vez generalizada en Alemania, amenazó descomponer todo el país en sus elementos, en lugar de unirlos y hacer de ellos un conjunto fuerte. La idea de unidad solo se mantenía en la del imperio, entidad ilusoria é impotente, y en la de la fidelidad y de las prestaciones, mas que inciertas, que el enfeudado debía á su señor feudal el emperador. La continuada subdivision de los feudos en parcelas cada vez mas pequeñas, cuya causa principal hay que buscar en la teoría feudal de que solo el señor de un territorio, grande ó pequeño, era persona libre, con derechos de ciudadano, tendía á desmembrar en sus últimas partículas hasta á los ducados, principados, condados y simples señoríos, y á triturar así todas las fuerzas de la nación entera. El imperio quedó reducido á una mera idea y los que debían ser ducados y principados con derechos soberanos, no eran mas que propiedades inmuebles mas ó menos dilatadas con sus bienes muebles y semovientes y los privilegios y derechos anexos.

En esta situación sucedió que del número de los potentados y magnates mayores se separaron siete de los mas notables y distinguidos que formaron, despues de algunos pasos sin dirección bien determinada, el grupo de los príncipes electores en el año 1290, los cuales se adjudicaron el derecho exclusivo de elegir el emperador y la propiedad de los altos cargos de palacio, como mariscal, senescal, coper, etc., que desempeñaban cerca del soberano, emperador, rey, duque ó simple caballero, los individuos mas distinguidos de sus dominios. A la formación de este grupo de electores se